

V PREGÓN
DE LA HERMANDAD DE LOS GITANOS
DE MADRID

José Manuel Gómez Muñoz

San Jerónimo El Real, Madrid, 6 de abril de 2003

PRESENTACIÓN

Salutación

- *Reverendo Padre Don Julián Melero. Párroco de San Jerónimo el Real y Director Espiritual de nuestra Hermandad.*
- *Sr. Hermano Mayor y Junta de Gobierno de la Hermandad y Cofradía de nazarenos de Nuestro Padre Jesús de la Salud y María Santísima de las Angustias.*
- *Hermanos y amigos todos.*

Presentación

Por Antonio Contreras Morilla

En la vida de una hermandad, y a lo largo de todo un año, hay muchos momentos emocionantes y sentidos, pero estoy seguro que el más esperado por todos, llega con las vísperas y hoy, hermanos, estamos en vísperas.

- *Estamos en vísperas de un trajín maravilloso, de un ir y venir, de un cosquilleo que recorre cada rincón de nuestras entrañas.*
- *Estamos en vísperas de dejar nuestros recuerdos de todo un año para empezar a aglutinar las nuevas sensaciones que nos llegan desde lo más profundo de nuestros corazones.*
- *Estamos en vísperas de desempolvar todos nuestros enseres, limpiarlos con amor para que luzcan resplandecientes para el Hijo de Dios.*
- *Estamos en vísperas de una mañana de Domingo de Ramos, de ese despertar con que soñamos todo un año.*
- *Hermanos, estamos en vísperas de la muerte pero a su vez y esa es la gran noticia, estamos en vísperas de la VIDA.*

Hace ya tres años, cuando tuve el honor de pronunciar el pregón de nuestra hermandad, todos los cofrades de Madrid estaban expectantes ante nuestra primera salida procesional. Ha pasado un trienio y nos encontramos que actualmente es la Madrid cofradiera la que está ilusionada ante la salida penitencial del Señor de la Salud. Sin El, ya nada sería igual en la Semana Santa de Madrid.

A lo largo de estos años, no hay nada, ni nadie, que detenga en fervor, amor y sacrificio a nuestra corporación, que no lo olvidemos nunca, o mejor dicho que no lo olviden nunca.

Dios, en nuestra hermandad, está representado por un Nazareno moreno, en definitiva por un Nazareno Gitano. La iglesia alimentó, con buen criterio, que Dios podría ser visto o representado, o que podría ser imaginado como un Ser blanco, negro, mestizo, gitano. Y eso es, lo que la hermandad ha hecho, representar a Dios como un hombre de piel morena.

La hermandad de los Gitanos trabaja en pro de que esto sea así. Ni nada ni nadie nos hará perder nuestra fe en el Señor de la Salud; ni nada ni nadie nos hará perder la luz que desprende de su mirada nuestra Madre, Santa María de las Angustias, ni nada ni nadie nos hará desfallecer en la ayuda a nuestro pueblo gitano.

Nuestro pregonero, también piensa como nosotros. José Manuel, es un sevillano nacido en la calle Sol a pocos metros de la parroquia de San Román; es fácil adivinar que desde el mismo día de su nacimiento su vida ya estaba unida a la hermandad de los Gitanos.

José Manuel pese a que es un hombre joven le ha dado tiempo de hacer muchas cosas.

- *Cursó sus estudios de Derecho en Sevilla, donde actualmente es profesor titular de Derecho del Trabajo.*
- *Obtuvo el Premio extraordinario de Doctorado en 1.995.*
- *Es experto en Derecho Comunitario.*

- *Es Director del Centro de Documentación Europea de la Universidad de Sevilla.*
- *Es también el Secretario de la Facultad de Derecho de Sevilla. Cargo que ostenta desde 1.998.*
- *Y por último es autor de varios libros y ha sido ponente en más de cincuenta simposios nacionales e internacionales.*

A nivel Cofrade, José Manuel, también tiene un curriculum extraordinario

Es Hermano de la Hermandad de los Gitanos de Sevilla de la cual ha sido miembro de su junta de gobierno desde 1.997 a 2.002, ocupando los cargos de Consiliario, Contador, Delegado de capataces y costaleros, Fiscal y por último el de Teniente de Hermano Mayor, todo ello, y es una opinión muy personal, en la época más trascendental en los doscientos cincuenta años de historia de la Hermandad de los Gitanos y bajo el mandato de ese Hermano Mayor inolvidable que fue D. Juan Miguel Ortega Ezpeleta.

Ha pronunciado los siguientes pregones:

- *Pregón íntimo de la Tertulia Cofrade “El Guardabrisa” de Sevilla en 1.994.*
- *Pregón de la Semana Santa de Utrera (Sevilla) en 1.996.*

- *Pregón del Casino Militar de Sevilla en 1.998.*
- *Pregón de la Semana Santa de Conil de la Frontera (Cádiz) en 1.999.*
- *Pregón de la Pasión y Gloria organizado por Capitanía General de Sevilla en 2.001.*

Alcanzando su cúspide de satisfacción personal al ser Pregonero de su hermandad de los Gitanos en el año 1.996 cuando tan sólo contaba con treinta y cuatro años de edad.

Es además autor de innumerables artículos y conferencias sobre la Semana Santa de Sevilla.

Está claro que nuestro pregonero es una persona muy conocida en el mundo cofrade sevillano y con una experiencia, que pese a su juventud, ha ido adquiriendo con el paso de los años.

Siento una enorme satisfacción el poder considerarme amigo tuyo; José Manuel, tu sabes que nos unen muchísimas cosas, pero a partir de hoy podremos sentir juntos la felicidad de haber pregonado al Señor de la Salud y a la Virgen de las Angustias en Sevilla y en Madrid.

Y dicho esto, quiero dejar la palabra a quien debe ostentarla hoy, no sin antes decirnos que sigo pensando igual que hace tres años; aunque existan personas que opinen de diferente manera que nosotros, mi parroquia sigue oliendo a romero y azahar y aunque fue cuna de reyes el único Rey que habita aquí es Dios, que para nosotros es el Señor de la Salud.

“El Señor de la Mano Morena”.

Y ahora querido José Manuel, todos los aquí presentes estamos deseando escucharte, sabemos que tu prosa es rica y fluida; conocemos que tus sentimientos afloran de lo más profundo de tu ser y también esperamos, que después de esta exaltación, cuando estés en tu querida Sevilla, te acuerdes de nosotros, unos hermanos tuyos que hacen todo lo posible por propagar la devoción al Señor de la Salud y María Santísima de las Angustias en la Capital del Reino.

Amigo, cofrade y hermano, tuya es la palabra.

El mejor barrio de Sevilla, Madrid.

El mejor barrio de Sevilla, no tiene Arco ni tiene muralla como el barrio de la Macarena, ni tampoco bajeles de plata, ni la sal de la mar en la cara como tiene Triana, ni tiene tampoco ese barrio callejuelas estrechas que a la brisa aprisiona entre nardos y rejas, ni naranjos en flor ni azoteas abiertas a un sol de justicia que bruñe sus tejas, ni tiene ese barrio son de guitarras y palmas añejas, baile gitano y cantes de feria, ni caballos blancos tras la jardinera, bajo los jazmines de un Parque que fuera recreo de las reinas. No tiene ese barrio, el mejor de Sevilla, calle de la Flota, ni

Torre del Oro, casa de Pilatos, ni Mesón del Moro, ni tiene tampoco Plaza ovalada que es Maestranza donde lidian la muerte toreros y toros. El mejor barrio de Sevilla, la tierra de la que vengo, tiene que tiene en su traza la raza y el abolengo de una raya Castellana que es paseo triunfal y regio, jalonado de palacios, y fuentes de mármol recio. Tiene ese barrio un rumbo que arrancando desde Atocha y subiendo por el Prado deja a siniestra las Cortes y en la diestra un collado, sobre el que se alza orgulloso San Jerónimo encumbrado, altar de reyes y reinas, trono y sitial sagrados, morada real y egregia de una Hermandad y un legado. Y si bajo hacia la diosa, la Cibeles leonada, me encontraré en mi escorzo un arco triunfal que me habla y me dice, portentoso, que de Alcalá es la puerta y de este barrio su gozo. Que este barrio que os describo, de Sevilla es el mejor y tiene entre sus flores una Plaza hija del Sol desde donde parten ciertos mil caminos en derredor. Y tiene éste, de Sevilla el mejor barrio, Palacio y Real Teatro, Plaza Mayor porticada y un jardín que en un suspiro se hizo selva asilvestrada y llamaron del Retiro. Y templos, y casones, y museos, y del arte las mejores glorias, que vivir de la memoria, recordando sus trofeos, bien pudiera este barrio, de Sevilla, el que está más lejos. No sé si me habré explicado ni si habréis seguido el excursio, pero habiéndolo intentado no me queda otro recurso que seguir entrelazando los mimbres de este discurso en el que a porfía he atado a Sevilla, por un bando, con su barrio más profuso, uno que no está a su lado, y al que se llega con gusto, pues la técnica ha logrado que un tren que vuela muy bajo me acerque cuando lo uso. Que sí, que ya sé que presentido habéis, y en razón entrado, que el mejor barrio de Sevilla, aquél de súbito acercado, aquél al que hoy he venido porque me habéis invitado, es reino de devoción y amor a Dios declarado, tierra de promisión, Jerusalén desbordado donde vuestro afán cofrade viene a ser exaltado por éste al que el atril llena de vértigo y de pasmo, que no merezco estar aquí si no fuera por vuestro encargo. Que el mejor barrio de Sevilla, al que llego de vuestra mano, se prepara para la gloria, para el delirio y el entusiasmo, que vengo a abrir el dosel y a hacer sonar la aldaba de ese pórtico triunfal que es la recreación terrenal de la Pasión, Muerte y Resurrección de Cristo, que llorado por su Madre recorrerá estas benditas calles henchidas de historia, grandeza y señorío. Que reinando en él la Almudena y la Virgen de la Paloma, ambas contemplarán cómo al tremolar de las palmas, entre hebreas y angelitos, los Cruzados de la Fe, arrearán al pollino que trae a Jerusalén de Cristo el gesto divino, y vendrán los Estudiantes con Fe y Perdón sentidos con su Madre Inmaculada en San Miguel recogidos, y un solemne Vía Crucis que el Miércoles Santo marca con el Signo de la Cruz dará paso en sus andas a Jesús de la Salud, de este barrio la alborada, y tras el Cristo Gitano, su Madre la más galana, Angustias de mis sentidos, la Reina, la Capitana, la niña más morenita, la estrella de la mañana. Y el Jueves con Dulce Nombre, llegará la mansedumbre del bendito Jesús “El Pobre”, el Cristo que redivivo abre en silencio una

senda al otro Divino Cautivo, y a otra Reina, que en mi tierra de igual manera se llama, Macarena de mis penas, Macarena en mis entrañas, Macarena, la Esperanza, que a Jesús del Gran Poder deja toda alabanza, que mucha es, porque es bueno, tanto como es aquel que en su gesto y en su ceño porta la mansedumbre de ese Jesús Nazareno, aquél de Medinaceli, al que imploramos consuelo, al que el primero de marzo visitamos con denuedo, y tras él Siete Dolores, María entre cera y flores, para dar paso al Yacente muerto en dulce Paz doliente. Y tras ellos, otra vez, los Cruzados de la Fe, con su Cristo, y el flagelo, la corona y ese Huerto donde el cáliz rechazado dio paso al Dios Cordero, y luego Dolores y Soledad, y al cabo, “La Sola del Sol difunto”, epílogo ejemplar de una Pasión sin contrapunto, que tras la muerte hay Resurrección. Que sí, que no hay duda, que sí, que el mejor barrio de Sevilla, aquél que florece en Abril, aquél cuna de reyes, aquél imperial y gentil, es una escala divina para hasta el Cielo subir, y ese barrio de Sevilla, que hoy reunís aquí, no es otro que la Real Villa, conocida en todo mundo por la ciudad de Madrid.

Salutación

Rvdo. Padre D. Julio Melero,

Querido Hermano Mayor, y miembros de la Junta de Gobierno de la Hermandad y Cofradía de Nazarenos de Nuestro Padre Jesús de la Salud y María Santísima de las Angustias,

Querido Nono Contreras, que con tu amistad me honras,

Queridos cofrades todos de Madrid,

Señoras y Señores.

Ser cofrade en Madrid.

Ser cofrade en Madrid, reconozcámoslo sin presunción, tiene mucho mérito. Lo tiene porque Madrid, ciudad jalonada de virtudes monumentales que forman parte y han escrito la historia de la España moderna, es villa difícil para el recogimiento, la devoción, la contemplación, la

oración, la meditación y el retiro. Si este parque romántico del Retiro que tras nosotros tiende amoroso sus ramas para atraernos con un canto melifluido de recatada paz y sosiego permitiera de verdad un retiro auténtico, cómo no habría de ser Madrid la antesala del verdadero paraíso. Pero, reconozcámoslo una vez más, es difícil hallar el retiro de la paz ante la vorágine acelerada de frenética actividad que esta asombrosa ciudad despliega antes incluso de que la alborada tenga tiempo para insinuarse sobre tejados y torres, sobre palacios y teatros, sobre rascacielos y antenas. Madrid, me mata. Madrid, nos mata con sus prisas, su tráfico, su incansable *run run*, su velocidad desbocada y su “llego tarde, llego tarde, llego tarde”. Por eso yo os admiro. Ya sabéis que el mejor barrio de Sevilla se llama Madrid, y así es porque tiene Madrid mucho de lo que a Sevilla le falta, que no pocas cosas son. Y no es que añoremos las prisas y el desenfreno, amantes como somos de ese *jardín antiguo* que nuestro Luis Cernuda cantara en su poemario “Las Nubes”... “*ir de nuevo al jardín cerrado, que tras los arcos de la tapia, entre magnolios, limoneros, guarda el encanto de las aguas*”. Pero reconoceré que si Sevilla tuviera el impulso vital que Madrid imprime a todo lo que hace, Sevilla... Sevilla sería la capital de España. De todos modos, y aunque parezca que es grande la dificultad de encajar el precioso anillo diamantado de la Semana Santa en el gracioso dedo anular de este Madrid fragoroso, el sentimiento cofrade trasciende las ciudades, por muy cosmopolitas que éstas sean, pues el sentimiento cofrade está allí donde quiera que haya un cofrade. Os traigo así a la memoria un sucedido del que fui protagonista cuando aún era un becario y empezaba mi carrera docente en la Universidad. En una de mis salidas de estudios al extranjero con destino a Bruselas, me ocurrió algo que sirvió para reafirmar más profundamente mi sentido de la importancia de las hermandades en mi vida. Aquella vez me desembarcaron de mala manera en el aeropuerto de la capital de la Unión Europea. Llegué tarde al enlace de mi vuelo que salía de Madrid y me ví sin maletas, sin papeles y perdido en medio de un lugar que no conocía, pues era la primera vez que allí iba, ciudad en la que hacía cinco grados bajo cero y en la que, por ser media noche, no había ningún taxi, de modo que tuve que coger un tren y una línea de metro en el que no viajaban más de media docena de personas que, circunspectas, no articulaban palabra. Sin más referencia de mi residencia que mi memoria, pues mis papeles y direcciones estaban en mis maletas perdidas, me dirigí abatido hacia el lugar donde recordaba debía alojarme. La puerta de la calle estaba cerrada, y en la recepción no había nadie. Fuera empezaba a llover y al cabo de diez minutos apareció un conserje del tamaño de un costalero de los de antes de la guerra, que se empeñó en hablarme en flamenco, lengua belga que yo desconocía. Cuando apenas me hice entender y comprendí que aquella mole con chaqueta verde de botones dorados no me iba a poner las cosas fáciles, observé algo que me hizo reaccionar como un caballo espoleado y me puso el corazón en la boca, que si no hubiera sido por la alfombra

con la que tropecé me hubiera echado al hombro a aquel costalero flamenco. En una esquinita del espejo de la recepción de la residencia, apenas visible, entre docenas de postales y fotografías de lugares exóticos de todo el mundo vislumbré, arrugada y descolorida, una estampita de la Esperanza de Triana. En Bruselas, la Esperanza de Triana. Algún paisano devoto allí debió dejarla. Y aquel abatimiento se transmutó en alegría y las maletas perdidas, el frío de la noche y el aturdimiento del cansancio, dejaron de ser problemas, y empecé a acordarme del río, y de Triana, y de su orilla, y de la calle Betis, y del sol, y de la luz, y de los ojos de esa Virgen de Pureza y Santa. Ana...aquella que es la más pura, la valiente capitana, la que conduce su nave por las procelosas aguas, la que guía con su faro a los que de noche pasan por las costas del dolor y los abismos del alma.... Pero no, no os voy a hablar de Triana, no os voy a hablar de Triana porque no lo necesitáis. Y no lo necesitáis porque vosotros sois dignos de toda la admiración que en mi pecho quepa. Sí, admiración por vuestro indeleble afán cofrade, porque sois una isla de devoción, con puerto franco y seguro para el recogimiento y la penitencia, en medio de un océano furioso de frenética espuma e impacientes olas sobre las que mantenéis con orgullo y paciencia el mejor legado de tradición cofrade que hayáis podido recibir, demostrando al mundo entero, empezando por Sevilla, que no hay quien supere a Madrid ni a sus hijos en fervor, caridad y saber hacer cofradiero cuando se trata de poner sobre tronos de oro y plata a sus Cristos y Vírgenes para entregarlos a la devoción del pueblo y a la atónita mirada de soslayo de sus monumentales plazas y palacios que, al paso de Jesús Triunfante, del Cristo de la Fe y del Perdón, de Jesús de la Salud, de Jesús “El Pobre”, del Divino Cautivo, de Jesús del Gran Poder, de Jesús de Medinaceli, del Santísimo Cristo de la Agonía y Descendimiento, del Santísimo Cristo de la Vida Eterna, del Santísimo Cristo de la Fe y de sus Madres Virginales, palidecen de envidia pues competir no pueden con tamaña demostración de piedad, fe, ilusión y constancia en la recreación año tras año, generación tras generación de la Pasión, Muerte y Resurrección de Nuestro Señor Jesucristo por las calles de Madrid. De Madrid, al cielo. ¡Al Cielo con Ella, Madrid!.

En el camino, haciendo Hermandad

En el largo y proceloso camino de la historia, desde los tiempos de la conquista del Rey San Fernando hasta los mismos albores del siglo que ahora comienza, los sevillanos hemos sabido recibir y mantener el legado sagrado de la tradición cofrade y ahora debemos aprender a adaptarlo al signo de los nuevos tiempos, velando por la pureza de la fórmula que con celo han mantenido las

generaciones de mayores que nos han precedido dejando su huella en la historia de buen hacer y de amor desinteresado. Así ha ocurrido también en ésta mi muy amada Hermandad de Los Gitanos de Madrid, en la que se cumple una vez más la profecía de Isaías sobre la raza elegida: “Será famosa su estirpe en medio de las naciones, su descendencia entre los pueblos. Todos los que lo vean reconocerán que son una estirpe bendita del Señor” (Is 61, 9). Y con el signo de la estirpe gitana, en el Adviento premonitorio de 1995, y bajo la protección de las alas virginales de la Blanca Paloma, la Reina de las Marismas, un puñado de sevillanos y madrileños ilusos se puso a andar por las arenas hasta alcanzar esta esplendente realidad que hoy nos congrega a todos aquí. Y aunque yo he venido a pregonar y no a hacer os un examen, me atrevo a preguntaros a todos y a cada uno de vosotros, ¿por qué habéis venido hoy aquí, por qué estáis esta noche todos aquí reunidos, bajo estas bóvedas reales y frente a este escenario portentoso prodigio de la generosidad de reyes y señoríos?. Estáis aquí, en este templo de San Jerónimo el Real que encierra en su aire los ecos de la historia de España, porque tenéis en vuestro corazón esa entretela fina, delicada seda de la India, rojo brote de rosa frágil, que con el rayito del sol se turba, corazón y alma de madrileños que con el ala de la golondrina vibra, y habéis venido para vibrar, para que el pregonero, que no es más que un juguete errático de la palabra, os haga vibrar y sentir que tenéis la dicha de ser madrileños, de naturaleza o de adopción, que no hay que nacer en Madrid para sentir que la sangre se os calienta en las venas cuando el parque del Retiro desprende de sus naranjos, de sus magnolios, de sus árboles del paraíso, de sus don diegos de noche, esa fragancia embriagadora que os dice que estáis en el edén, o en algún sitio que se le parece mucho, que tenéis la dicha perenne de sentir cada primavera que la mejor ópera que se representa está en la calle y no en el Teatro Real o en la Scala de Milán, que la Madrid entera y eterna, se torna escenario inconmensurable que a todos acoge y a todos da un papel que representar, para seguir a Jesús y a su Madre, como Pilatos, Cirineos, Sayones y centuriones romanos, que somos todos *figurantes* por esas calles intemporales que se llenan de rostros ávidos de emociones y de balcones que explotan en flores y en mantones y en damascos que gritan el orgullo de vivir en Madrid, y de escaparates que son altares, que mil priostes tiene Madrid, y de mirones a los que sus amigos enseñan qué atalaya más buena tenemos para ver las cofradías, y os sentís parte viva del pueblo, y os sentís del pueblo mismo, y de la tierra que pisáis, y lloráis con esa marcha que os recuerda a vuestro padre cuando os ponía la mano sobre el hombro a la salida de Jesús de Medinaceli, o de vuestro Cristo o de Vuestra Virgen, y os acordáis de la gente que os falta en esos momentos en que lloráis con la Macarena la muerte de Cristo, y os acordáis de cuando erais unos chiquillos y podíais correr por estas calles en blanco y negro, que hoy ya no hay quien corra con tanta vorágine, y sentís el calor de la mano entrelazada de vuestra primera novia o el beso de vuestro

primer novio bajo la luna del Jueves Santo, y oléis ese incienso de Omán que os recuerda de pequeños cuando os cogían en brazos para acercaros al paso de la Virgen de la Almudena o de la Paloma y llorabais porque os daba miedo la candelería y el sonido sordo del tambor, y el *quejío picao* de la corneta, y vuestra madre os besaba en la frente y os retiraba a la acera, y os acordáis de vuestro abuelo que un día os regaló su medalla con el cordón pasado y no comprendisteis que se estaba despidiendo, o de vuestra abuela, la que os cosía sin apenas vista el antifaz al capirote porque os daban miedo aquellos dos ojos recortados que os convertían en seres anónimos, y venís aquí esta noche, porque sentís que es vuestra obligación estar con ésta vuestra Hermandad de Los Gitanos, como todos los años, porque así es la tradición en Madrid, porque sois, estáis, vivís, sentís, padecéis, amáis y os duelen las cosas de Madrid, que Madrid imprime carácter, que los muchos Reyes que bajo estas piedras se han encomendado a María así lo sabían, y por eso hoy estoy yo aquí, porque yo no soy el pregonero, yo soy vuestra agenda personal, que os recuerda que ha llegado el tiempo de vibrar, de sentir, de llorar, de recordar, de oler, de gustar, de tocar, de amar, de amar, de amar, de amar a Madrid, a su Pasión, a su Gloria, a su Resurrección, a su Semana Santa única, a reconocernos en la gente que le da vida, en sus capataces, en sus nazarenos, en sus músicos, en sus ciriales, en sus bordadores, en sus acólitos, en sus mantillas guapas, en sus costaleros, en sus *aguaores*, en sus penitentes, en aquellos niños que cogían la cera en un bola blanca y morada y roja y color tinieblas, en todos y en cada uno de ellos, porque Madrid nos transforma cuando llega la ceniza del miércoles que dispara la Cuaresma y a partir de ahí, sólo nos espera el camino de la gloria. Qué suerte tienes Madrid, de haber sido tú la elegida, que suerte tienes Madrid de haber encontrado la línea que recta traza el camino hacia esta gloria infinita, que no es casual ni fortuita, que estabas predestinada, que las Vírgenes que veneras, para ti lo reservaban, que suerte tienes Madrid que plantaste la semilla de nuestro sentir cofrade para que en recio tallo germinara, y hoy yo os digo que he venido a traeros la Gloria de la Pasión de Madrid, el pasmo de su Semana Santa, el orgullo de nuestro pueblo y la esencia de nuestras almas.

La Hermandad y su gente

Lo mejor de cada Hermandad está en la gente que les da vida. No hay Hermandad sin hermanos dispuestos a invertir parte de sus vidas en engrandecer, en luchar, en conquistar, en conseguir, en superar la historia escrita gota a gota, chorreón a chorreón de caliente cera blanca y roja de esta bendita Hermandad de los Gitanos de Madrid. Y vosotros, los que me habéis honrado inmerecidamente nombrándome vuestro pregonero, vosotros de los que como Juan el Bautista, “yo

no soy digno de desataros la correa de vuestra sandalias” (Jn 1, 27) pues me abrumáis con vuestra acogida y con vuestro ejemplo, vosotros cuyos nombres sin excepción merecerían figurar con letras de oro bordadas en el manto morado de terciopelo de Lyon de la historia terrena de esta Hermandad de Nuestro Padre Jesús de la Salud y María Santísima de las Angustias, vosotros sois la sangre que corre por las venas de esta Hermandad, de ahí que toda gota sea preciosa y ninguna deba perderse bajo ningún concepto. Porque el mandato es crecer como en la parábola del capital y los intereses (Mt 19, 11), que no se estanque la nómina de hermanos, que donde haya cinco hermanos, mañana haya diez, y donde haya diez, mañana haya cincuenta, y que ninguno quede olvidado porque en ellos está la fuerza, el sentido y el ejemplo que esta Hermandad de los Gitanos habrá de seguir proporcionando a Madrid. Lo mejor de cada Hermandad está en la gente que les da vida. No me cansaré de repetirlo mientras recuerde cuánto amor desinteresado en gesto de sublime entrega gratuita he podido constatar de gente humilde, singular por su humildad y su disposición, selectos y callados ángeles buenos y anónimos, que ocupando o sin ocupar cargos de responsabilidad en la Hermandad lo dan todo trescientos sesenta y cinco días al año, tarde tras tarde, noche tras noche, celebración tras celebración. Y es que es tanta la pasión por ofrecer de los hombres y mujeres hermanos todos míos de los Gitanos, que sin necesidad de alterar el orden del baúl de los recuerdos, simplemente arañando en la superficie de la vida cotidiana de un día cualquiera de la Hermandad, aparece ante nosotros un episodio de entrega anónimo, con protagonistas de verdad, pero anónimo en el dar, gratuito en la manifestación callada de amor por nuestros Titulares.

Hace ya algunos años conversaba con quien era nuestro Hermano Mayor en mi Hermandad de los Gitanos de Sevilla en su despacho de la Casa Hermandad, sintiendo cercano el asedio por todos los flancos del ajeteo sin freno del reparto de papeletas de sitio, de la enésima reunión de diputados de tramo, de los retoques a uno de los mantos de la Virgen en las expertas manos de laboriosas y anónimas hermanas, del replanteo y montaje de la candelera portentosa del paso de Nuestra Señora, de los desvelos del Prioste por ajustar el poyero con exactitud milimétrica y de otro número sin fin de episodios de vorágine preparatoria en la antesala pre-procesional. Apenas había comenzado nuestra charla cuando sentimos una llamada a la puerta, y un joven hermano en los veinte años, pasa pidiendo excusas por la interrupción. La prisa le lleva. De su mochila de estudiante extrae con cuidado una pequeña caja de cartón que sin más preámbulos sobre la mesa deposita con mimo. Nos mira y dice: "Hermano Mayor, esto es para la Señora". La primera sorpresa, dejó paso a la curiosidad inquieta por desvelar el contenido de la enigmática caja. Deshecha la envoltura, abierta la tapa, un blanco papel de seda se desplegó en suave crujido, y en su

interior, dobladito y bien planchado, apareció un prodigio de encaje de Bruselas, pañuelito blanco o cachito de cielo, que no supe identificar al instante, pues de allí arriba parecía bajado. Y al silencio por la sorpresa impuesto, nuestro joven y anónimo hermano dio una explicación no pedida: “Ví este pañuelito en un anticuario, y enseguida pensé en Ella. Estas Navidades me puse a pintar Belenes por encargo, y con el dinero que saqué, lo compré sin pensarlo. Y aquí se lo traigo, para que de sus manos cuelgue, anónimo como quien se lo ha regalado”. Y desde entonces lo ví claro. Ahí está el futuro de nuestras Hermandades, que yo he visto con mis ojos el amor que se desborda del corazón de mis hermanos. Y es que la Hermandad no es sino lo que sus gentes son, sino lo que todos nosotros somos, en lo bueno y en lo malo, que de todo tiene que haber. Y así habremos de tener priostes de recursos impensables, creadores de la nada, regidores formidables, artífices impagables del milagro del montaje, de esos tronos imperiales que pasos son de filigrana sobre los que paseamos por Madrid en madrugada a este Cristo aceitunado y a la Reina más gitana. Y vestidos, qué porfía de alfileres, qué guerra con la blonda fina hasta cerrar el rostrillo, hasta ceñir la corona y sujetar el corpiño, y prender la saya de hoja con precisión y con tino, con ese amor escondido que por los dedos asoma cuando a la Dueña y Señora rozan su rostro divino. Y Mayordomos, que al mismísimo Rey Midas en expresión contenida de inteligencia acendrada lección dan bien holgada de convertir sin medida el hierro viejo en plata, y en oro la calamina, haciendo del sayo capa para servir a Maria y a su Hijo en esta casa. Y Fiscales, Secretarios, Costaleros, Consiliarios y tantos anónimos ángeles de corazón nobiliario que su esfuerzo callado, en el recuerdo olvidados, continúan su labor con denuedo, por amor, sin flaqueza, con dolor, por caminos cotidianos de entrega y de devoción para dar a sus hermanos testimonio de ilusión, pues uniendo muchas manos se construye la Hermandad, mi Hermandad de los Gitanos.

Un Cristo Gitano en Madrid

Cuando llega la Semana Santa, muchos sevillanos entregamos la cuchara. Esto es lo que decimos en mi Hermandad de los Gitanos cuando queremos referirnos al acto de rendirse ante la evidencia. Si la Semana Santa no existiera, ninguno de nosotros sería hoy como es. Sencillamente, imprime carácter. En nuestras ocupaciones y responsabilidades tenemos la ocasión de conocer y relacionarnos con muy diversas personas. Cuando nos presentamos ante alguien, solemos mostrarnos, más allá de las meras apariencias, educados, corteses, conversadores, o simplemente amables. Pero a medida que vamos conociendo a nuestro interlocutor podemos ir intuyendo, sobre

todo en estas fechas, si éste es o no es “capillita”. Ser capillita es disfrutar de un particular estado de gracia: o hay que tener mucho tiempo libre, o hay que tener una pensión. Pero es curioso, cuando tropezamos con alguien a quien gusta de vivir la Semana Santa, alguien que entiende, alguien que ama a las cofradías de Madrid o de Sevilla, entonces, entregamos la cuchara y la entregamos porque la fraternidad nace de la complicidad en las vivencias. Fraternidad se traduce en Madrid por Hermandad. Son la misma cosa. Eso es lo que hacemos, por poner un ejemplo que me es muy caro y cercano, en mi hermandad de los gitanos. Payos y gitanos. Una misma cosa al cabo. Pabito rodeado de cera. ¡Que ya vienen los gitanos!. Decimos todos por las calles mientras Madrid con fría brisa nos espera y sus brazos nos abren; Madrid nos acogería hasta el alba y San Jerónimo hasta más tarde. Vámonos de madrugá y con la prisa en las carnes, nos perderemos en bullas y buscaremos las calles para llorar en silencio el paso de Dios y su Madre. Vámonos de madrugá, para sentir en el pecho ese calor inefable de los que en Madrid viven y el Miércoles Santo renacen. Y en el crepúsculo rojo de la tarde, llevaremos los ojos desencajados porque el Silencio de un Nazareno habrá borrado el sonido de nuestros oídos dejándonos un río de lágrimas contenido; podremos llevar el pulso acelerado porque el Señor de la Salud habrá dejado al pasar la marca de su sombra sobre la Plaza de Jesús de Medinaceli después de derramar su mansedumbre sobre todas las cabezas; podremos llevar el corazón roto y desbocado porque el Cristo de los Gitanos se habrá cruzado en nuestro camino de penitencia y fe por Cervantes, Prado, La Bolsa, Toledo, Duque de Alba o Moratín y lo hemos visto de dolor muerto; pero, cuando presentimos que ya vienen los Gitanos, correremos alegres a ver a ese Cristo negro, arrogante gitano aceituno orgulloso y bruñido al sol, al que sus hijos, blancos y morenos, al Padre imploran con la voz de sus gargantas y el batir de sordas palmas que a su hijo Nazareno le envíe en la alborada dos ángeles cirineos, para que detrás del paso, junto a la horquilla pegadas, sujeten con sus alitas, la Cruz que lleva a rastras. Después de ver al Nazareno Gitano por las calles de Madrid uno se da cuenta de que los gitanos son de otra raza. Porque el Nazareno puede ser, y es, de cualquier raza y de cualquier parte, como muchos de vosotros, y puede ser también ecuatoriano, y marroquí, y peruano, y chino. Porque el Nazareno itinerante es siempre el inmigrante, ese al que, como muchos de vosotros, la vida ha puesto frente a la tesitura de tener que vivir lejos de vuestra tierra y, a veces, de los vuestros. Pero ahí ha estado Madrid para recogeros la cruz y levantaros del suelo. Está, pues bien claro, que los gitanos, que vosotros mis hermanos, de otra raza sois, y lo sois porque Jesús es judío en cualquier parte del orbe cristiano menos en Madrid, que aquí Jesús también puede ser gitano. Y es que Cristo en Madrid puede ser lo que quiera y lo que pida, que aquí todo se lo damos a él y a su bendita Madre, porque el paso de Jesús de la Salud sólo es la premonición gloriosa de un encuentro

posterior que tendremos con la Madre de las Angustias, aquélla que es Virgen complaciente que en San Jerónimo nacida a los que mira de frente con su dulzura silente concede la gracia perdida, y de azul se enseñorea por donde quiera que vaya, de cada rincón y plazuela, de cada balcón y calleja, de cada palacio y casa, que Madrid es toda parque, que cuando en su trono pasa sus hijos que la veneran, al cielo los brazos alzan como si árboles fueran, que de amorosas ramas cuajadas de flor de anhelo, quisieran tejer con celo un palio pa' cobijarla. Y cuando llegue ese día que en su palio se enseñoree le diremos desde la puerta antes del anochecer.....

Son tus párpados campanas
Que tañen tu pena "jonda",
Con tus pestañas gitanas
Que a las angustias dan sombra.

Tú derramas de tus ojos
Manantiales de amargura
Mientras retuerces tus manos
Con la soledad más dura.

Virgen de las Angustias,
tus ojos son medias lunas
Que brillan como las fraguas
Cuando miras desolada
El tormento de Jesús
Que arrastra una cruz pesada
Sin saber dónde estás tú

Que te han "dejao" solita
Como amapola en el campo
Mientras al Cristo moreno
En su humildad infinita
Una cruz le están cargando

Por eso no quiero ver

Como escondes esa cara
Y tapas con tus manitas
El torrente de agua clara
Que salta desde tus ojos
Que son dos lunas gitanas
Dos espejos misteriosos
Estrellas de la mañana.

Que no puedo ser pañuelo
Y a la vez parar la mano
Del que flagela a tu hijo
Mientras tú sigues llorando

Que con los dos estaría
Y a los dos iría dando
Consuelo a tus lagrimitas
Y bálsamo a sus latigazos

Qué pena tiene Madrid
Que a los dos os va mirando
Y en vez de enlutar sus calles
Abre un camino en el campo
Donde entre lirios y olivos,
Entre amapolas y nardos
Os acompaña a los dos,
Con vuestro orgullo gitano.

Que de un mar embravecido
De olas que son aplausos
Baja de San Jerónimo
y en el aire va anunciando
Que Jesús de la Salud
Con Angustias a su lado

Son de la raza calé
Sus Titulares Sagrados.

Que aguarde Madrid entera
Del alba el primer rayo
Que el Prado se hace vereda
cuando pasan Los Gitanos

A mi madre de las Angustias

Pregonar la Semana Santa es recordar el final de lo que aún no ha llegado antes de que acabe. Pregonar en esta mi Hermandad de los Gitanos de Madrid es anunciaros el final de la gloria que aún está por llegar y que mientras llega ya se está marchando. Por eso, ante un pregón como éste que he intentado ante vosotros, siento la pena inconsolable del que se mete las manos en los bolsillos de la chaqueta un Domingo de Resurrección por la tarde y encuentra el recorte del programa del Martes Santo arrugado y marcado con bolígrafo. Desde el mismo Viernes de Dolores, siento que la Semana Santa se me está yendo continuamente, siento que lo que define a la Semana Santa es un estado permanente de tránsito, porque la Semana Santa nunca llega, ni siquiera ahora está llegando, la Semana Santa siempre se está yendo, siempre se está terminando, siempre es Sábado Santo por la noche cuando volvemos a casa, cuando entre el estruendo de las sillas que se montan sobre los mismos camiones, los mismos silleros recogen con la misma ceremonia el tinglado donde hemos representado por siete días nuestra mejor obra, la misma obra de siempre. Tan idéntica, tan diferente. Y con, el brillo mortecino, atenuado por la angustia de la despedida y el nudo en la garganta de un adiós que habrá de durar un año, el paso de la Soledad, se esconde con resistencia tras el oscuro paréntesis abierto tras las puertas de S. Ginés, mientras marchamos a casa con el silencio de la madre dolorosa y sola sellado en los labios. Y ni siquiera soñaremos con la Resurrección, que al cabo es el fin que todo lo justifica, porque Curro Romero, ya no estará más en la Plaza de la Maestranza. Pero no quiero recoger la cera en el carro, ni plegar el manto en el rulo, ni envolver los varaes en papel, ni apilar las cruces en el almacén, ni tampoco guardar la túnica en alcanfor, ni quitar las flores del monte, ni desmontar los respiraderos, ni poner fin a la Semana del tránsito a la Gloria, sin traeros a vosotros, devoto y fidelísimo, el canto melifluido y entonado de la esperanza. Esperanza, sí, porque si en Sevilla lo que de verdad disfrutamos son las vísperas también quiero que en Madrid así sea. Madrid habrá de ser una víspera eterna que guarde para sí la esperanza de la fiesta. Esperanza, sí, porque la Virgen de las Angustias habrá de estar pronto

enseñoreándose de ese Paseo del Prado, que es a la vez arteria y vereda, vía dolorosa y vía gloriosa para esta Hermandad de Los Gitanos, que habrá de tener más pronto que tarde ese palio prodigioso, galaxia de plata hecha candelera de estrellas y celestial música de borlones y bambalinas timbrando alegres los enhiestos varales. Arpa maravillosa sobre la que esta ciudad entera adorará a su Madre bendita de las Angustias, trono para una Reina en un Templo que cobijó Reinas. Y es que no puede merecer menos la que sobre los reyes reina. Cada vez que la madrugá me hace renacer en el interior del templo momentos antes de tener que seguir a Jesús de la Salud, con mi antifaz en la mano paso ante el paso del Señor, y tras pararme un segundo con Él y decirle, "ya tendré tiempo esta noche de hablarte mientras caminamos", me abro paso hasta el paso de la Señora, que está tan primorosamente hermosa que vergüenza me da sostenerle la mirada y casi le hablo mirando mis pies descalzos, mientras ella me mira sonriente y de reajo busca a su capataz. ¡Cuántas veces he tenido que darle las gracias por cada dicha que ha querido concederme!, ¡Y cuántas me ha concedido!, ¡Y qué grandes han sido, mis hermanos queridos!. Y es que, sin ser gitano, de ellos he aprendido que si hay algo a lo que este pueblo guarda respeto y devoción en este mundo, es a una madre. ¡Y me acuerdo así de aquel Pregón de la Semana Santa que tuve la dicha de pronunciar en Utrera, un pueblo cercano a Sevilla, y de que los primeros mostachones que de allí me llevé, me los regaló un gitano, Joselito, que mirándome a los ojos me dijo: "¿Tú tienes madre, José?", y yo le contesté, "Sí, y muchos años que Dios me la guarde", y sin un parpadeo, me alarga dos docenas de mostachones "mu" bien "reliaos" y me dice: "Po' ahí tiene, ésta docena "pa" ti, pero esta otra se la llevas antes a tu madre, no te la vayas a "comé" también". Y es que el gitano es así con su madre. Pero con palio o sin palio siempre habré de preguntarte ¿qué tienes tú Angustias mía que te siento diferente?, ¿dónde te aprieta la pena que mirándote a la frente tus cejas desencadenan un arrebato creciente de oraciones y piropos, mar de lágrimas vehementes?. La Virgen de las Angustias es una fuerza de la tierra. Eso lo saben sus cofrades y los que por la calle los vemos, que ser de Los Gitanos hasta cambia los andares de músicos y nazarenos. La Virgen de las Angustias es una energía desatada de magnitudes telúricas, que no admite canon humano de medida ni comparaciones posibles. La Virgen de las Angustias es un instrumento de transformación divino que muta en lágrima viva la simple contemplación del rostro más delicado y fino que jamás unas manos humanas tallaron. ¿Porque, fueron acaso esas manos humanas, o anduvo Dios de por medio guiando gubias y cinces para dejarnos el rostro de su madre como el mejor de los remedios contra angustias y pesares?. Por eso, a Ti, a Ti quiero decirte, Angustias Coronada y guapa, que Te llevo en mi alma y verte no necesito porque estás en mis mañanas, y en mis tardes y mis noches, y en la soledad de mi alma, que nunca se siente sola porque en Ti halla la esperanza. Y cada vez que Te miro esas pestañas largas, que de puro negro brillan, y esos ojos de canela y el hoyito en Tu barbilla, enciendes en mí la pasión de aquel pintor de Sevilla...

...que quiso pintar Su cara,
y como no la veía
de locura de amor penaba
y bebía, y no dormía
y la faz divina no vislumbraba;
mas, quiso azaroso el destino
que un Viernes Santo temprano
mañanita fresca, se La encontrara.
¡Cómo venía esa Madre!,
guardia de bronce La custodiaba;
bajo un palio de oro fino
verde manto, trono de plata,
la Virgen de los Gitanos
mocita, morena y guapa
se le acercó roneando
y mirándolo a la cara
le dijo con un suspiro:
¡Aquí está la capitana!
Pinta con tu corazón
mi rostro canela en rama
que sepan que te inspiró
Angustias, la Reina gitana.

Por eso, al llegar el Miércoles Santo, cuando la tarde se bate en retirada, hasta S. Jerónimo nos iremos para sacarla de su morada, y callados le pediremos que se muestre con dulzura “pa” rendirnos a sus plantas....

No te escondas más de mí,
que eres un nardo fino,
y el aire limpio de abril,
colocará en tu rostrillo
un beso de carmesí.

No te escondas más de mí,
Que eres pétalo vivo

De la flor más juvenil
Que nació en el jardincillo
De esta Madrid tan gentil.

No te escondas reina mora
Que quiero verte sentir
El amor que se desboca
Desde los ojos que lloran
Y se desviven por ti.

Y esos ojos que ahora lloran
Por ti aguardan la espera
Angustias de sus vidas,
Angustias de sus penas,
Angustias en su esperanza,
Angustias en su existencia
De su corona esmeralda
Y de sus collares perla
Angustias en la templanza
Y en la soledad estrella
Y en la oración alabanza
Y en la miseria largueza
Y en el miedo luz y guía
Y en el futuro promesa
Y en el dolor bálsamo
Y en la oscuridad belleza
Y en la escasez gracia
Y en la disputa nobleza

No te escondas reina mora
Que Madrid a tus pies queda
Y abrirte ese Arco quiere
Para que seas su Reina,

Por eso yo a ti te pido,
Que te muestres sin reserva
Y salgas sin esconderte
Pues todo Madrid te espera.

Salud triunfante en Madrid

La Semana Santa tiene sus propias definiciones para el paso del tiempo. Así, para definir el futuro usa el término Esperanza, que aquí en Madrid, y también en mi tierra, además es Esperanza Macarena. Macarena es el nombre de un importante barrio de Sevilla, otro más junto a Madrid. Y es que los barrios dictan las reglas de la Semana Santa. Madrid es la gran amalgama acrisolada que funde refulgente la sabiduría y la gracia de sus barrios y de sus gentes. Y de su centro. Porque el centro es el ojo del huracán de las emociones que desata el misterio de la Pasión, Muerte y Resurrección de Cristo en la capital del reino. Del encuentro entre los barrios, el centro y sus gentes, surge, una vez soplada la ampolla, un cristal tan fino como el de las lámparas de araña de ese Palacio Real que se abalcona sobre Madrid. Crisol de gracia y de luz. Como gracia y luz despide esplendente el anuncio premonitorio del Miércoles Santo sobre la gran celebración pasional del Parasceve penitencial, aquí, en el barrio más elegante de cuantos posee Madrid, embajador permanente del Parque del Retiro y guardián celosísimo de los secretos pictóricos del Prado y de la fantasía acuática de Neptuno. Gracia y luz que funde los colores del espectro, como el que dejan fugaces las sombras de sus nazarenos por entre las bronceadas rejas sobre las que se asoman expectantes esas dos torres guardianas, porque espectros blancos de morado antifaz y fugaz sombra se ocultan veloces tras las esquinas la tarde noche de la salida que con más ansia espera Madrid. Y con las capas manteadas por el vientecillo meloso que sube las escalinatas, los nazarenos van volando como presos de una angustia que quisieran mitigar. Y nuestro corazón, desbocado por sentir los brillos dorados que ya se presienten bajo el arco nervado de la puerta parroquial, salta del pecho sin más y al aire lanza un latido cuando se escucha el quejido de la voz del capataz, el que llama a los de abajo, a los que van a portar a Jesús de la Salud justo antes de cargar con la cruz que los judíos le impusieron sin piedad. Y besando su frente morena, pétalos blancos y azules caen de las ramas enhiestas “pa” proteger su vía crucis, bajo estrellas que motean el eterno cielo azul que su barrio enseñoorea, sobre calles intemporales que a Jerusalén recrean, que viene el Señor victorioso con timbales y trompetas y asomándose a Madrid con sus tropas de blanca estela, le dice con esas

manos que al madero cruel se aferran, cuán grande es la victoria que de San Jerónimo llega, que tras ganarse a Madrid con majestad manifiesta, volverá de madrugada al barrio tras la refriega, y entonces será el delirio, y llorarán las palmeras, gemirán los sicomoros, y el Prado será una fiesta, pues vuelve en su infinitud, arrastrando a Madrid entera tras una nube de luz, la soberana grandeza de Jesús de la Salud.

La madrugada de un penitente

Y acaba este pregonero, con sus encuentros de madrugada y con el pregón mismo. Cierra el pregonero la flor de la palabra, cuyo aroma quiso llevaros solícito, con la caricia de un antifaz de terciopelo morado sobre su rostro, con el filo de una cruz negra de madera sobre su hombro, con la evocación de esa madrugada omnipresente, mi Madrugá, que es la madrugada del penitente tras Nuestro Padre Jesús de la Salud, mi Cristo Gitano en Sevilla. En Sevilla, porque en Madrid, fijaros cuánta es mi fortuna, también tengo otro Cristo Gitano. Mi Madrugá, la que paso en Sevilla, es soñar despierto tras la túnica morada del que va sobre el monte de lirios y claveles con un madero al hombro. Mi Madrugá es la madrugada del penitente de los Gitanos que sigue una túnica morada que transforma a cada segundo mi flaqueza en fuerzas. Esa túnica, que se mueve al son de Nazareno Gitano o de la Saeta, transmite un rayo blanco de fe que me rompe el pecho y calienta mi sangre hasta hacerme temblar de miedo. Esa túnica morada al aire fresco de la madrugada, va marcando mi camino. Ese pasito corto, templado, del Señor de la Salud, va rompiendo el aire, la luz, el sonido de las cornetas, la humareda del incienso, el rumor del gentío. Va rompiendo la soledad del penitente, mi soledad, la soledad de mi mano sobre la cruceta de la madera. Ese pasito corto, picado, del Señor de la Salud, va rompiendo poquito a poco mi corazón cuando le sigo callado.

Voy en busca de Tu luz
siguiendo Tu rastro silente.
Tus pasos sigo, Jesús,
quiero llevarte la cruz
quiero guardarte en mi mente
quiero sentir, como Tú,
esa soledad hiriente.
Quiero ser tu Cirineo
para que nadie te afrente.

El alboroto en casa de la familia que se va marchando, deja paso ineludible, al silencio del momento mitad solemne, mitad rito, mitad celebración, de la preparación para la estación de penitencia. Blanca túnica y capa colgadas en su apresto de la negra percha. El antifaz de morado terciopelo, extendido sobre la cama. El cíngulo morado y la medalla, sobre la mesa del vestidor. Los blancos guantes almidonados, sobre el brazo del butacón. Los zapatos..., no, no hay zapatos para este penitente. El suelo frío, pero ardiente, espera mis pies hace mucho tiempo... y comienzo a vestirme en silencio. No se cuenta el tiempo en ajustar botones y cintas. Nunca sé cuánto pasa desde el momento en que arremango los bajos del pantalón hasta que me embozo en la capa dispuesto a salir. Quince, veinte minutos, media hora. No lo sé. Ese tiempo sólo se cuenta luego, a la vuelta, cuando con el cuerpo roto y el corazón sosegado uno intenta quitarse la túnica y la capa, y comprueba que las manos le tiemblan, que las rodillas casi no nos aguantan, que los pies no resisten más el roce con el suelo.

Entonces sí se piensa en el tiempo. Antes...antes, no. Antes, a la hora de salir, sólo se piensa en esa túnica morada del que va sobre el monte de lirios y claveles con un madero al hombro, y en el pendular movimiento de su cíngulo dorado, y en esa caída picada y cadenciosa de su divina cabeza, mirando sin mirar la piedra que enlosa la vía dolorosa abierta sobre nuestras conciencias. Antes, a la hora de salir, parece que ya Lo estuviera viendo. ¡Qué suerte tan grande es ser penitente del Señor de la Salud!

Suerte tan grande es, como mi propia Hermandad es, y mayor suerte aún supone contemplar en privilegiado lugar la salida del paso de Nuestro Padre Jesús de la Salud bajo el moderno artesonado del nuevo Templo del Valle, émulo sevillano de estas vetustas bóvedas impregnadas de la patena de la historia. Porque mi Cristo de los Gitanos de Madrid, que camina hacia el Gólgota veinticuatro horas antes que mi Cristo de los Gitanos de Sevilla, morirá con él a la par cuando el Viernes Santo se cubra de tinieblas y a las tres de la tarde expire con un grito que habrá de desgarrar el velo del templo. Antes, con mi negra cruz a cuestas comprobaré que tan sólo el calor en el interior del templo es comparable en magnitud a la expectación. Expectación interior que aumenta con vértigo y se hace nudo en el estómago cuando al abrirse las puertas de metal sobre las jambas de la ojiva gótica, aparece la dorada señal de la Cruz de Guía plantada airosa en la puerta, resistiendo el embate tendido del clamor de la multitud que aplaudiendo grita al ver el sueño cumplido un año más. La Hermandad de los Gitanos, en la calle una madrugá más. Y luego, cuando ese paso de encaje labrado en oro se retranquea sobre el mármol blanco para encajar los codales y en los faroles los cristales se quejan, los penitentes, hechos una sola cruz negra, en un sólo hombre fundidos pegan la nariz al reborde oscuro de la silueta de la puerta y escuchan el primer golpe de martillo. Y cómo suena sobre el silencio a golpe de susurros impuesto ese martillo divino. ¡Qué privilegio, capataz!. ¡Acuérdate bien cada noche al rezar, de cómo

suenan ese martillo, pues la dicha tú tendrás, de ser llamado al Cielo por Cristo, con tres golpes como los que tú das!. Y el delirio rompe en fuego de artificio cuando las primeras notas de Saeta levantan, qué levánta, ese paso portentoso y se oye caminar a ese Nazareno silencioso hasta el cancel interior.

Y una vez que en la calle estamos, imaginaos conmigo la soledad tibia que proporciona el anonimato del antifaz. Sentid el aire frío que penetra por los ojales y que alivia el sofoco del terciopelo. Oid vuestros hombros crujir bajo el peso de la cruz, que en realidad no pesa, corta. Notad en la planta de vuestros pies cada grano de tierra o cristal del suelo. Aguantad sin queja los empujones y pisotones de aquéllos que no saben qué hacen a esa hora en la calle. Esperad parados todo el tiempo del mundo a que la cofradía se estire perezosa por calles impenetrablemente masificadas. A veces, la tentación de abandonar es fuerte. A veces, el sueño nos hace tambalearnos. A veces, el dolor aparece sin reparos cuando fallan las piernas o la cruz de otro hermano nos golpea en la apretura.

Pero esa túnica morada del que va sobre el monte de lirios y claveles con un madero al hombro, transforma a cada segundo nuestra flaqueza en fuerzas y marcando va nuestros pasos perdidos. Y por eso es que la cruz no pesa, porque si mirando voy su silueta, su pasito cadencioso va marcando el latido mismo de mi corazón. ¡Cómo anda el Nazareno Gitano sobre sus hijos portado! ¡Sello de identidad propio de ésta mi Hermandad grande!. ¡Ejemplo vivo de penitentes que nuestro corazón va incendiando cada vez que con esas manos sobre el madero apenas posadas...

...das un pasito adelante,
y en el aire Tu sombra estampas;
das un pasito adelante,
y tu estela queda grabada;
das un pasito adelante,
y el lirio te lleva en volandas;
das un pasito adelante,
y las espinas clavan tu cara
das un pasito adelante,
y nos congelas el alma

Y detrás del contraluz que los faroles de Tu paso y las luces amarillas de las calles de Madrid o las calles de Sevilla, yo te seguiré con mi cruz negra cargado eternamente devoto, por la luna contemplado, por el frío de la noche en los dedos azotado, y los pies por el duro suelo con tu sangre salpicados. Y detrás del contraluz de los faroles de Tu paso y con el eco evangelizador de Tu

palabra en tus cuatro esquinas proclamado, y contra las blancas paredes, y las rejas negras grabado, esperaré a que llegue el sublime momento en que de lejos a Madrid anuncies que tu tiempo se ha cumplido, y entonces...

¡ Ay, Señor de la Salud,
Ay, Señor de los gitanos !
Viéndote la multitud
arrastrar tu plenitud
por estas calles descalzo,
¿No habrá quien coja tu Cruz
ni quien te preste sus manos
para arrancar las espinas
que tu frente han coronado?

¿No habrá, Señor, dime Tú,
ni un calé, ni tampoco un payo,
que alivien el sacrificio
que tu sangre ha derramado?

¿No habrá, Jesús mío,
de entre el gentío un gitano
que te preste su camisa
“pa” servirte de sudario?

No quiero verte, Señor,
no quiero verte llorando.

Quiero llevarte esa Cruz,
quiero aliviar tu quebranto,
quiero rasgar mi camisa,
para que sea tu sudario
y arrancarte las espinas
que tu cabeza afrentaron,
y secar tu rostro moreno
y emparar tus resacos labios,

y sujetar, temblorosos,
tus codos ensangrentados.

No quiero verte, Señor,
no quiero verte llorando.

Quiero aferrarme a tu Cruz
y subido sobre tu paso
gritar a la multitud:
¡ mirad al Cristo inmolado ¡,
! mirad esa cara negra ¡,
! que no sufra el Señor escarnio !,
¡ subid y agarrad su Cruz
y como buenos gitanos
al Señor de la Salud
liberad del dolor humano !.

HE DICHO

LAUS DEO VIRGINIQUE MATRI.